

y la dicha haciendo que la materia trabaje en su lugar. Pero á su organización de artista le repugna ese cuadro de fraternidad.

M. Taine está entre un pasado que le es grato y un porvenir que no se atreve á mirar, debilitado ya y lamentándolo, pero obedeciendo, á pesar suyo, á la demencia dominante de nuestra época, que consiste en querer saberlo todo, en reducirlo todo á ecuaciones y en someterlo á los poderosos agentes mecánicos que han de transformar el mundo.

CANCIONES DE LAS CALLES

Y DE LOS BOSQUES.

Dado Víctor Hugo, y dados algunos asuntos para idilios y para églogas, Víctor Hugo no podía producir una obra que no fuese la titulada: *Canciones de las calles y de los bosques*.

Este es el teorema que me propongo demostrar.

Así responderé á los asombros de ciertos críticos á los ataques de que es objeto en estos momentos el poeta. Para nada se tienen en cuenta sus antecedentes literarios, nadie se pregunta acerca de la manera de ser de su talento; parece como si cada lector quisiera

exigir de Víctor Hugo la obra particular que ese lector mismo ha imaginado.

Una vez conocido el título del nuevo libro, comenzaron á trabajar los cerebros; ideó, cada cual según su temperamento, cuadros pintados de cierto modo; construyó cada uno, con elementos distintos, una colección de tales y de cuales cosas. Después, cuando el tomo ha sido leído, ha se producido forzosamente una decepción; el lector se ha indignado contra un libro cuyo título le ha engañado; contra ese *Cancionero*, que no componía canciones; contra ese poeta que paseaba por las calles y por los bosques sin ver lo que los otros ven, y viendo lo que no ven los otros.

No me cansaré de repetirlo: creo que la crítica, tal cual ahora se ejerce, es una monstruosa injusticia. Fuera de la observación, de la comprobación sencilla del hecho, prescindiendo de la historia y del análisis exacto de las obras, no hay más que capricho, fanatismo é indiferencia. No debe haber en esto dogma literario; cada obra es independiente, y ha menester ser juzgada aparte. La ciencia de lo bello es una extravagancia inventada por los filósofos para dar motivo de risa á los artistas.

Nunca, en esta materia, podremos hallar una verdad absoluta, porque el conjunto de todas las verdades pasadas sólo puede constituir una verdad relativa, á la que convertirá en mentira la verdad del día siguiente. Es decir, que el espíritu humano es infinito en sus creaciones, y que no podemos reglamentarlo; en verdad, no creo que en esto haya progreso: creo que existe producción perpetua y semejanza profunda entre las obras producidas. La creación que se continúa en nosotros cambia en cada hora la humanidad; las sociedades son otras, los artistas ven y piensan de modo distinto. Así marcha el arte á través de los siglos, realizado siempre por hombres nuevos, y utilizando siempre nuevos medios de expresión en sociedades también nuevas.

Ante esa producción continua, ante esos millares de obras, todas hijas únicas, dígame si no es pueril encaramarse á la cátedra y dictar gravemente preceptos. Calcúlese la ridiculez del personaje que representaría el que exclamase: «Yo no hubiera procedido así. Ese no es el tono del idilio. Esperaba yo una cosa muy diferente».

—«Y ¿qué nos importa lo que V. habría

hecho, ni lo que V. esperaba? A mi juicio, entiende V. de modo muy extraño el oficio de crítico. Nosotros no preguntamos á V. por sus impresiones; cada uno de nosotros tiene las suyas, que valen tanto cuanto las de V. valgan, y que no prueban ni más ni menos que lo que la de V. ha probado. V. es un juez, no un hombre; la misión de V., como crítico, se reduce á estudiar en una obra un cierto estado del genio humano; V. debe aceptar con igual cariño todas las manifestaciones artísticas, como el médico acepta todas las enfermedades, porque en todas esas manifestaciones hallará V. un objeto para el análisis y para el estudio fisiológico y psicológico. El interés grande no es por tal obra ni por cuál autor; ante todo, se trata de la verdad humana; se trata de penetrar el espíritu y la carne; de reconstruir, en su verdadero modo de ser, á un hombre de facultades particulares y poderosas. Conténte-se V., por amor de Dios, con ese sencillo menester del anatómico; no se canse queriendo cambiar una criatura para crearla de nuevo á su antojo; estúdiela V. tal cual es; preséntela V. entre nosotros tal cual vive en la realidad; no conciba V. la necia creencia de que el

cielo, dándonosla más perfecta, nos la habría dado más grande.»

Cada vez que me propongo dar noticia de un libro, siento en mí la necesidad imperiosa de hacer mi profesión de fe; tal es mi temor de que sean mal comprendidas mis intenciones. No me arrojó la misión de aprobar ni de rechazar; me contento con analizar, estrechar y diseccionar la obra y al escritor, y decir luego lo que he visto. Soy solamente un curioso implacable que celebraría mucho desmontar pieza por pieza la máquina humana para ver cómo funciona el mecanismo y llega á producir tan extraños efectos.

Para el que ha estudiado esta máquina poderosa, sujeta á perturbaciones, que nos ha dado *Hojas de otoño*, *Los Miserables*, *Hernani* y *Las Contemplaciones*, no ha debido haber sorpresa en la lectura del libro *Canciones de las calles y de los bosques*.

Víctor Hugo, andando por las praderas de Tibulo, debía andar con paso peregrino, con violencia mal reprimida, con turbación á duras penas disimulada. El libro es, lo repito, el producto lógico, inevitable, de un cierto temperamento puesto en presencia de un asunto

determinado. No fallaré acerca del mérito absoluto de la obra, pues no creo que una obra de arte pueda tener mérito absoluto; pero explicaré la producción de tal libro, y el por qué, y, sobre todo, el cómo ha nacido.

Y ahora comienza la demostración del teorema que he enunciado al comenzar este artículo.

Víctor Hugo fué en su juventud un niño prodigioso, un retórico hábil y de grandes alientos. Escribió sus *Odas* en gran parte con la cabeza, en casi nada con el corazón. Anunciábase entonces como un enérgico domador de vocablos, como un versificador gigantesco que sacaba de las figuras retóricas efectos sorprendentes. Ya aparecían en aquellas obras jóvenes y académicas la afición á lo enorme, la necesidad continua de lo infinitamente pequeño y de lo infinitamente grande; había ya algo de extravío en germen en aquellos hermosos versos fríos y armoniosos, que causaban á veces estremecimientos. Desde aquellas obras primeras, el poeta se ha engrandecido en la dirección que ellas indicaban. Le compararía yo con un hombre que permaneciese durante veinte años con los ojos fijos en el mis-

mo horizonte; poco á poco viene la alucinación, los objetos crecen, se desfiguran; todo se exagera y cada vez toma más ese aspecto ideal que sueña el espíritu extraviado. Puede seguirse, en los treinta tomos que ha publicado, el curso que Víctor Hugo ha seguido para ir desde algunos trozos de sus *Odas* hasta otros de sus *Contemplaciones*. Desgraciadamente no puedo realizar aquí ese trabajo instructivo; me contento con afirmar que el poeta, mejor dicho, el profeta de hoy, es el producto directo del niño y del hombre de ayer. No han existido saltos bruscos; el espíritu se ha desarrollado lentamente y ha recorrido el camino que fatalmente debía recorrer.

He empleado la voz profeta: es la única que encuentro para designar hoy con claridad á Víctor Hugo. Víctor Hugo predica; Víctor Hugo predice; afirma que ve más allá de la materia, que ve á Dios; tiene las tristezas, las cóleras, las amarguras bíblicas; nos promete aplastar á Satanás y abrirnos el cielo. No le tenemos entre nosotros, y desde su roca se levanta más grande y más terrible; ha enviado su palabra confusa, extraña, entrecortada; se recrea en las oscuridades, en la trivialidad

grandiosa, en la indiferencia de la inspiración divina. Ignoro si acierto á pintar con precisión la actitud adoptada por ese entendimiento vigoroso, inconscientemente sin duda. Este es un hecho que me servirá por sí solo para comprobar de qué manera han nacido las *Canciones de las calles y de los bosques*.

Figuraos al poeta en su soledad, en su desierto. Encuéntrase allí en rebeldía, después de haber arrojado los dogmas literarios y la política. Tiene la conciencia de su fuerza, se exalta en el reposo y mira fijamente al mundo que se desenvuelve ante él. Entonces es cuando se produce esa alucinación de que antes he hablado. El poeta ya no ve el mundo real sino á través de sus propias visiones. Siempre se ha sacado muy poco de la realidad; Víctor Hugo ha sacado de sí mismo toda su obra. Ha creado una teoría imaginaria, á la cual su sentido creador, excitado con la lucha ha hecho cada vez más peregrina. Además, Víctor Hugo es muy sabio y no puede olvidar su ciencia; ha se forjado una filosofía extraña, una filosofía de poeta, y la utiliza para la explicación del universo como revelador infalible. Sus sentidos no son tan sencillos como los

nuestros; va á ver multitud de cosas, cuya existencia no sospechamos siquiera nosotros; después nos explicará lo invisible, y dará cuerpo á sus más vagos ensueños. Holgaríame yo de presentar á Víctor Hugo de pie, ante el lector, tal cual le comprendo, con su equipaje de retórico y sus vestiduras de profeta; celebraría yo poder mostrarlo delirando fríamente, con los ojos desmesuradamente abiertos sobre lo que existe para llegar á ver lo que no existe; me alegraría conseguir que se mirase en él la visión interna, para que se comprendiese así que su obra no ha sido nunca otra cosa que el poderoso esfuerzo de su talento, que crea un nuevo mundo de su invención sin utilizar casi nada del antiguo.

Mis lectores comprenderán perfectamente que cuando un hombre de esas condiciones va á los campos, no va como ellos ó como yo, á la tñena de Dios, para admirar sencillamente la hermosura ingenua de la naturaleza. El poeta Víctor Hugo lleva allí todas las turbaciones de que está lleno su cerebro: es un Ezequiel campesino. Además, el mismo Víctor Hugo lo dice: para caminar al paso por las sendas floridas del idilio, ha tenido que domar

á Pegaso, y aún está sin aliento á consecuencia del extraordinario esfuerzo que ha necesitado hacer para que el gran caballo se sometiera á los modestos andares de un jaco de campo.

Mis lectores ó yo habríamos salido á pié, hubiéramos cantado los bosques tales cuales son ellos, sin convertir cada uno en un Edén, sin verlos á la luz del ideal. El poeta, caballero en el terrible corcel que se encabrita y está siempre dispuesto á remontar su vuelo, mira al cielo, y canta una tierra inventada por él, sin mirar la que tiene á sus piés.

Nuestros mundos, los mundos de los poetas y de los novelistas, son siempre mundos de creación humana; existe siempre un velo entre los objetos y nuestros ojos, aunque sea un velo muy tenue, y nunca pintamos los objetos sino vistos á través de ese velo. En esto consiste precisamente la personalidad: eso es todo el arte. El velo de Víctor Hugo es un tejido de rayos: por eso circunda de aureolas todas las cosas.

Colóquese á un poeta en medio de un paisaje: aquí, un ángulo del bosque, allá, un

arroyuelo; después, praderas espaciosas con cortinajes de árboles, y en rededor, colinas bajas y azuladas. Estos pormenores impresionarán el órgano visual del poeta; pero experimentan singulares transformaciones al pasar por los ojos para llegar al cerebro: los unos se engrandecerán, se empequeñecerán los otros, todos se modificarán de cierta manera, y el paisaje descrito no se parecerá al paisaje real, sino como el sueño se parece á la verdad.

Es fácil explicarse por qué hasta los trapos de Víctor Hugo son trapos radiantes. Baja del cielo, y tiene los ojos tan cegados aún con la claridad, que vierte luz en todo. El idilio se convierte en himno, una especie de visión luminosa.

Los árboles y los carneros son personajes importantes; el trozo de hierba departe amigablemente con la montaña. Existe allí una orgía de rocío y de perfumes. La fantasía, desenfrenada, corta á su gusto en el mundo verdadero, é inventa nuevos soles y campiñas nuevas.

En el fondo se halla siempre la perturbación del profeta Pegaso no se halla á su gusto en esta naturaleza suave. Sus piés rudos no

saben galopar sino sobre peñascos, y resbala sobre el césped. No tiene sus movimientos libres, y desde luego él, el noble caballo que relincha con tanta fuerza, toma un trocillo amanerado, que da lástima verlo. ¿No recordáis á Corneille patullando en las declaraciones de amor y en las escenas de cortesanía y de etiqueta que el mal gusto de su tiempo le imponía? Pensaba yo en esa ridícula torpeza del antiguo trágico leyendo algunos trozos de *Canciones de las calles y de los bosques*. No se vive impunemente con los ojos clavados en los horrores misteriosos de lo desconocido. Cuando, después, se quiere hablar sencillamente de cosas sencillas, sucede que se rebasa el límite, y la sencillez se convierte en rebuscamiento.

Toda la obra es así: la visión extraña que un profeta, que un poeta sabio y vigoroso ha tenido delante de los campos. En el libro, el poeta se presenta tal como es, exagerado y oscuro á veces, atreviéndose á todo, buscando las sensaciones, las trivialidades, hasta las bromas groseras. Habla de las afueras de París, como Dante habló del cielo y del infierno; se ha instalado ampliamente en el idilio,

tropezando con todo, poniendo á contribución los astros y las flores, haciendo un gasto espantoso de luz y de sombra, llevando á la égloga los gustos y las palabras de la oda, cambiando de asunto y sin variar de manera, permaneciendo profeta á pesar de todo, y hablando de un átomo de polvo con solemnidades abrumadoras.

Canciones de las calles y de los bosques son uno de los aspectos necesarios y fatales de este genio tumultuoso, lleno de claridades y de tinieblas, á quien yo, si pudiese, estudiaría de buena gana fibra por fibra. Debo confesar que he disfrutado verdaderos goces en la lectura de esas *Canciones*, que eran tales cuales yo las había deducido, por razonamiento de las obras precedentes. Los curiosos me preguntarán acaso qué es lo que en resumidas cuentas pienso del libro. Les responderé que el libro es la manifestación particular de un estado determinado del espíritu; el producto interesantísimo de una inteligencia que nunca ha creado nada vulgar ni baladí. Me regocija que Víctor Hugo se haya decidido á convertirse en pastor, y por nada en el mundo hubiera yo querido que su libro fuese de otro

modo. Este es el resultado y el complemento de todo lo que el poeta ha escrito; desarrolla su personalidad, completa su pensamiento, acaba de darnos en su totalidad su persona, que ha llenado nuestra época. Me cuido muy poco de la perfección; no creo en un ideal absoluto.

Sólo tengo el áspero anhelo de preguntar á la vida, de tener entre las manos obras vivientes. Por esto me regocija el espectáculo de los grandes hombres que se confiesan con nosotros, sin quererlo; que se entregan en toda su desnudez; que cada día agregan una página á sus confidencias. Poco á poco puedo de este modo reconstruir un ser de carne y hueso; recojo todas las confesiones, levanto acta de cada nueva fase, analizo, sintetizo después, y llego así á tener la explicación de cada acto, de cada palabra. En *Canciones de las calles y de los bosques*, Víctor Hugo ha llevado sus confidencias muy lejos, su fisonomía se ha acentuado y hemos tenido la explicación de muchos pormenores que no comprendíamos hasta ahora. Compréndese bien con qué interés habré leído el libro; me ha deleitado, porque más allá de las palabras

veía yo al hombre obrar, hablar, erguirse ante mí en toda su verdad; cada verso era una confesión, cada estrofa venía á decirme que el poeta, frente á frente con la naturaleza, se había conducido como yo calculaba.

He gozado profundamente la alegría pequeña de haber tenido razón, y la alegría grande de penetrar en el mecanismo secreto de su máquina, toda de bronce y oro, cuya labor colosal he admirado con los éxtasis de un hombre del oficio.

Hay personas—no puedo dejar de insistir en esto antes de terminar—hay personas á quien el título había hecho esperar una obra completamente distinta. Esperábase hallar en la colección las voces callejeras, refranes populares, después canciones campesinas, ingenuidades de aldea. Halagábales la esperanza de que el poeta iba á hacerles vivir en el bosque sencillamente, con los pajarillos y entre los árboles; que entrarían después con él en la villa, andarían sobre sus anchas aceras contemplando el humo de las chimeneas y escuchando el ruido sordo de los albañales; esperaban, en una palabra, una armonía exquisita formada por risas de los campos y sollozos

de la ciudad; cantos alegres y tristes, alegres como una aurora en el follaje temprano, tristes como las nieblas que se arrastran en las encrucijadas oscuras. El poeta los ha engañado, el poeta ha continuado siendo el mismo, enorme, gigante, sin ver otra cosa que su ensueño, recogiendo las flores con una delicadeza amanerada, olvidando por completo la villa de que había prometido hablarnos, y paseándose en los campos jinete en su gran Pegaso, que tropieza con todos los árboles. Y esto, lo repito, era fatal; lo extraño habría sido que el profeta dejase su amplia capa bíblica para ponerse un traje á la moderna. El poeta no vive la vida que vivimos nosotros: vaga perdido en otras partes, en el cielo azul, en los negros abismos; habla de nuestro mundo como hablaría un habitante de Sirio; está demasiado alto para ver bien; ni aun tiene conciencia de que nos conmueve y nos hace llorar. Víctor Hugo ya no es un hombre; es un desterrado y un profeta.

Resumiendo: Víctor Hugo, al escribir *Canciones de las calles y de los bosques*, ha obedecido á su pasado y á su genio. No podía escribir de otra manera, porque entonces se hubie-

se engañado á sí mismo y nos hubiese dado una obra cuyo nacimiento no tendría explicación posible.

Que es lo que nos proponíamos demostrar.

FIN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MEXICO, 1925 MONTREY, MEXICO